

ANT-XIX-1291/3

2-2

SOBRE EL QUIJOTE

Y SOBRE LAS

DIFERENTES MANERAS DE COMENTARLE Y JUZGARLE.

DISCURSO

LEIDO

POR EL SEÑOR DON JUAN VALERA,

INDIVIDUO DE NÚMERO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA JUNTA PÚBLICA

QUE PARA SOLEMNIZAR EL ANIVERSARIO DE SU FUNDACION
CELEBRÓ DICHO CUERPO LITERARIO, EN CUMPLIMIENTO DEL ART. XXVIII DE SUS ESTATUTOS
EL DIA 25 DE SETIEMBRE DE 1864.



MADRID.

1864

IMPRESA DE MANUEL GALIANO,

Plaza de los Ministerios, 2.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

FOR THE SENIOR DIVISION

DEPARTMENT OF CHEMISTRY

RESEARCH REPORT

CHICAGO

1950

26 cm

R-91089



SOBRE EL QUIJOTE

Y SOBRE LAS

DIFERENTES MANERAS DE COMENTARLE Y JUZGARLE.

DISCURSO

LEIDO

POR EL SEÑOR DON JUAN VALERA,

INDIVIDUO DE NÚMERO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA JUNTA PÚBLICA

QUE PARA SOLEMNIZAR EL ANIVERSARIO DE SU FUNDACION
CELEBRÓ DICHO CUERPO LITERARIO, EN CUMPLIMIENTO DEL ART. XXVIII DE SUS ESTATUTOS
EL DIA 25 DE SETIEMBRE DE 1864.



MADRID.

1864

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 2.

SEÑORES :

Designado yo , algunos meses há , para leer , en este año , la disertacion de costumbre en la Junta pública con que esta Real Academia solemniza el aniversario de su fundacion , elegí desde luego un asunto , importante siempre , pero que en el dia más que nunca llama á sí la atencion de todos los españoles amantes de las letras. Por desgracia , no pequeños cuidados , disgustos y enfermedades , han impedido que yo le consagre el diligente esmero que fuera menester para salir en él airoso , porque son muchas las dificultades que ofrece , y no es la menor la de evitar quien le elija la nota de presumido y temerario.

Elegí , señores , el *Quijote* para materia ó argumento de mi discurso. Y como nadie podrá imaginar , por mala ó menguada opinion que tenga de mis alcances literarios , que yo habia de contentarme con ir á segar ó espigar en mies ajena , y como , desde el segundo tercio del si-

glo xviii, han sido tantos los que sobre Cervantes y sus obras han escrito, acaso dé yo á sospechar que, ya que no los copie, escriba para tildarlos de que se equivocaron, para hacer la censura de sus opiniones, y para poner la mia por cima de la de todos. Entendido así mi propósito, habria algun derecho para creerle nacido de altivez y petulancia, y me predispondria mal con quienes me escuchan y con otras personas discretas, cuya benevolencia anhelo captarme.

Me veo, pues, en la precision de pedir disculpa por haber elegido tan difícil asunto, llevado y enamorado de su atractivo poderoso, y de explicar además en qué forma voy á hablar de él. Porque siendo, como lo es, discutible, bien puedo decir, con los miramientos debidos, lo que se me alcanza, sin ofender ni vejar en lo más mínimo á los que lo contrario pensaron y dijeron. Acaso sean de ellos, y no mias, la discrecion y la crítica atinada. Mas, aunque así sea, todavía no se me ha de negar que podrá ser útil lo que yo dijere, porque presentaré las cosas bajo otro aspecto y las veré á otra luz, sirviendo todo para cuando una inteligencia más alta y más clara venga á dirimir la contienda, y á determinar la significacion y la importancia del libro extraordinario que coloca á Miguel de Cervantes Saavedra entre los ingenios de primer orden.

Ha habido y hay aún, en tierras extranjeras y dentro de España misma, críticos adustos y poco sensibles á la belleza poética, que no estiman á Cervantes en lo que vale, y que más ó menos encubiertamente le censuran y rebajan. Poca fuerza tienen sus ataques, y mil veces han sido ya rechazados. Tarea inútil seria reproducirlos aquí del todo, y rechazarlos de nuevo. Importa, no obstante, ha-

blar de algunos, aunque sea en resúmen, porque sirven para aclarar la idea que sobre Cervantes y su obra inmortal debe tenerse, y porque han nacido, por espíritu de contradicción, de las desatinadas alabanzas que á Cervantes se han prodigado.

Se ha de tener en cuenta que, en el último siglo, se cifraba todo el valor de una obra literaria en el atildamiento, en la corrección escrupulosa, en la regularidad y simetría de las partes y en el primor de la estructura, subordinando la poesía á un fin extraño, á un propósito subalterno, á una lección moral, á la demostración de una tesis. Todo poema, cualesquiera que fuesen sus dimensiones, su forma y su género, venia á quedar reducido á un apólogo, ó á una parábola. Considerado el *Quijote* de esta suerte, y de esta suerte elogiado, provocaba á la censura y se prestaba á ella. Pueriles y mezquinas eran en verdad las razones del detractor; pero no solían ser mucho más valederas y firmes las de quien enco- miaba.

Por dicha, con la exagerada admiración y séquito del pseudo-clasicismo francés, no se cegaron nuestros literatos hasta negar todo valer á los autores españoles del siglo xvii, y, si bien con Calderon, Lope, Moreto y casi todos los demás dramáticos, fueron consecuentes, censurándolos y disimulando mal que los estimaban en poco, con Cervantes no lo fueron, por donde, sin advertir méritos que realmente tiene, le atribuyeron otros que nunca tuvo, ni quiso, ni soñó tener en la vida. El último extremo del delirio á que se llegó sobre este punto, en el siglo pasado, fué el de D. Blas Nasarre, quien, para admirarse á su salvo de las comedias de Cervantes escritas contra todas las reglas, sin las cuales, según él y los de

su escuela, no se puede escribir una comedia sufrible, supuso que Cervantes habia escrito mal las suyas adrede para burlarse de las otras. Del mismo modo, refieren de Hermosilla sus detractores, que compuso varios romances bajos y vulgares, á fin de probar que no cabe el estilo sublime en dicha forma de poesía.

Por este orden, aunque no sea tan patente lo absurdo, son no pocas de las razones en que se fundaban muchos críticos del siglo pasado, y aún de principios del presente, para encomiar á Cervantes, conforme á los estrechos preceptos de la escuela que seguian.

Ensalzado Cervantes hasta las nubes en todas las naciones de Europa, y singularmente en Inglaterra y Francia, ya miradas entonces, y no sin motivo, como al frente de la civilizacion del mundo, se avivó el fervor de nuestros literatos, y no pudieron menos de reconocer en el autor del *Quijote* á uno de los pocos séres privilegiados que, valiéndonos de un neologismo expresivo y elegante, designamos hoy con el nombre de *genios*. La injusta crueldad, con que las referidas naciones denigraban todo lo demás de España, daba mayor precio y fuerza al pánegírico de Cervantes, haciendo de él una excepcion rarísima, el Píndaro de esta Beocia. Como se negaba que hubiésemos tenido filósofos, sábios y grandes humanistas, y al propio tiempo se afirmaba que Cervantes era un *genio*, muchos críticos españoles, que con harta humildad creian la primera afirmacion, quisieron subsanarnos del daño deduciendo de la segunda que en Cervantes estaban compendiadas todas las ciencias, todas las humanidades y toda la filosofía. Por otra parte, la magia del *Quijote* concurría y conspiraba á que pasase su autor por un varon extraordinario, y yo creo que no hubo *clasicista* español de

aquella época, y sea esto dicho para honra de todos, que, por mucho que se admirase de su Boileau, de su Corneille y de su Racine, no pusiese al manco de Lepanto por cima de estos tres escritores, sin hallarle igual, á no ser en Homero. Tasado tan alto Cervantes, por fuerza tuvieron los críticos que dar razon de la tasa, fundándola en algo que se midiese por las reglas de su escuela y que cuadrase y se ajustase con toda exactitud al ideal de perfeccion que ellos del escritor habian formado. Hicieron, pues, de Cervantes un terrible erudito, un reverendo moralizador, un purista escrupuloso, un atildado hablista, un siervo de las reglas, y un ídolo en suma adecuado á la religion que ellos profesaban y á quien pudiesen rendir culto y hasta adoracion, sin abjurar de sus creencias ni pasar por apóstatas.

Contra este Cervantes desfigurado y disfrazado, contra este Cervantes, cuyo valer se ponía en aquello de que tal vez carece, se levantaron algunos críticos más consecuentes ó más sinceros de la misma escuela. Contra algunos encomiadores harto hiperbólicos que llaman á Cervantes, como Mor de Fuentes, *el ilustrador del género humano*, por fuerza habia de levantarse la reaccion. Se comprende que Orfeo, Lino, Eumolpo, Homero, Hesiodo, Valmiki ú otro gran poeta de la infancia de las sociedades y de la primera edad del mundo, pueda ser llamado así. Toda la filosofía, toda la moral, toda la ciencia de entonces cabian en verso. El poeta era el hierofante de la humanidad. Pero en el siglo xvii, en el siglo de Newton, de Copérnico, de Descartes y de Leibnitz, despues que los eruditos habian resucitado toda la ciencia antigua, acrecentándola y mejorándola los sábios, cuando en España habiamos tenido profundos teólogos, publicistas, filósofos

y jurisconsultos, y habia llegado el pueblo á un grado eminente de civilizacion propia y de castiza cultura, llamar á Cervantes *el ilustrador del género humano* porque escribió un admirable libro de entretenimiento, es una hipérbole que raya en lo monstruoso. Esta hipérbole y la manía subsiguiente de ver en Cervantes un sutilísimo psicólogo, un refinado político, y hasta un médico consumado, excusa la prolijidad severa con que le censuran algunos, y Clemencin entre ellos. Odioso é impertinente me pareceria el comentario de Clemencin á no ser por las consideraciones apuntadas.

Por cierto que el prolijo comentador, con su buen juicio, con su amor á la gloria de la patria, y con su facultad crítica perspicaz y sensible á la hermosura, no pudo menos de pasmarse y enamorarse de la del *Quijote*; pero le despedaza, como las Bacantes á Orfeo. Las incorrecciones y distracciones, las faltas de gramática, los barbarismos, las citas equivocadas, fruto de una lectura vaga y somera, todo esto, sacado desapiadadamente á la vergüenza por Clemencin, forma la mayor parte del comentario.

Pero, prescindiendo de la manera que tuvieron los classicistas de estimar el *Quijote*, y colocándose en un punto más elevado, se rechaza en seguida la crítica del erudito Clemencin por harto minuciosa. Es lo mismo que ponerse á considerar la Vénus de Milo con un vidrio de aumento, deplorando las asperezas y sinuosidades del mármol, y prefiriendo el barniz, la lisura y el pulimento de una muñequita de porcelana.

Aun dentro del espíritu analítico y gramatical que presidia é inspiraba el comentario de Clemencin, y sin elevarse á más altas esferas, tienen contestacion no pocas de sus censuras al *Quijote*.

El que Cervantes llamase laberinto de Perseo al laberinto de Teseo, y Bootes á uno de los caballos del sol, y el que citase por de Virgilio un verso de Horacio, ó por de Horacio un verso de Virgilio, son errores que no importan de modo alguno en un libro donde no se trata de enseñar mitología ni literatura latina. Cervantes además dejaba correr libremente la pluma, escribía obras de imaginación y no disertaciones académicas, y no había su fantasía de abatir el vuelo, ni él había de pararse en lo mejor de su entusiasmo para consultar sus autores, si los tenía, y ver si la cita iba ó no equivocada.

Sobre las faltas de gramática de Cervantes anda también Clemencin bastante sobrado en la censura é injusto á veces. Las concordancias, por ejemplo, del verbo en singular y el nominativo en plural, ó al contrario, esto es, la falta de concordancia, no es defecto de Cervantes solo, sino de todos nuestros autores, desde los orígenes de la lengua castellana hasta el día, como lo prueba Iriarri en sus *Cuestiones filológicas*, con textos copiosos. No es esta falta, por lo tanto, sino modo de ser, elegancia, ó libertad de nuestro idioma.

Clemencin exige á menudo de Cervantes una exactitud tal en los términos, una precisión tan rigurosa y una dialéctica tan severa que nunca ó rara vez fueron prendas de los poetas inspirados, sino de los filósofos de estilo frío y erizado de fórmulas y de los retores y gramáticos más acompasados y secos. Por otra parte, la lengua castellana y su gramática no estaban entonces tan fijas y sujetas á preceptos como en el día. No negaré yo, sin embargo, que la censura de Clemencin es útil para aprender á escribir bien y para llegar á conocer y á evitar los defectos,

pero en cuanto tira á rebajar el mérito de Cervantes tiene escasísimo valor.

Aun dentro de la escuela clásico-francesa, cuyas prescripciones se siguieron en España, aunque exageradas y torcidas, como en Francia misma se torcieron y se exageraron en el siglo XVIII, la correccion es una de las prendas de que menos cuenta se hace para evaluar los escritores. Los buenos críticos franceses del siglo de Luis XIV, y el príncipe de ellos sobre todo, el famoso Boileau, creian, como el ministro de la gran Zenobia, que las faltas son propias de los grandes ingenios, y los que no las tienen son los ingenios rastreros y vulgares, los cuales no se aventuran, ni se remontan, ni se distraen, y caminan siempre por camino trillado, llanísimo y seguro, atendiendo con suma precaucion á menudencias de estilo de que prescinde ó de que se olvida un ingenio grande. Porque Homero, añade el maestro de Porfirio, traducido, comentado, y aplaudido por Boileau, incurrió en muchos defectos, y Apolonio de Rodas no tiene ninguno, y Arquiloco carecia de orden y de concierto y Eratóstenes no, y Píndaro era incorrecto y Bachílides no lo era, y Ion de Chio componia tragedias infinitamente más conformes á las reglas y más limadas y primorosas que las de Sófocles. Pero, á pesar del atildamiento y pulcritud de Apolonio, de Ion, de Bachílides y de Eratóstenes, y de que jamás cayeron, ni tropezaron siquiera, y de que siempre escribian con suma elegancia y agrado, los otros autores que cité antes son mil veces mejores, con todos sus tropiezos, faltas, extravagancias y caidas. Y este juicio, que dió el ministro de la gran Zenobia, estaba ya, á pesar de los Zóilos, confirmado por siglos de adoracion, y sigue aún firme, á pesar de Voltaire y de Perrault y de

otros críticos, consecuentes á la doctrina del *bon sens* y de la pulcritud meticulosa.

Otra clase de censuras de Clemencin, poco atinadas á menudo, suele fundarse en que entiende el texto muy á la letra, y no desentraña la ironía. Así es que tomándole sería y rectamente, toma tambien ocasion de censurar, con una inocencia que viene á hacerse chistosa. Por ejemplo, se dice en el *Quijote* que los milagros de Mahoma son una patraña, y que *de haber tomado Sancho una honrada determinacion saca el autor de la historia que debió de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo*: todo lo cual aflige y apura en extremo á Clemencin, y le da á entender que Cervantes incurre en una impropiedad imperdonable, ya que presupone que la historia de D. Quijote está escrita por un mahometano, el cual ni debia dudar de los milagros de su profeta, ni creer que se necesitase ser cristiano viejo para ser honrado. Esta observacion crítica de Clemencin se parece, con perdon sea dicho, á la que hace Sancho Panza al oír al diablo-correo jurar *en Dios y en mi conciencia*. «Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe ser hombre de bien y buen cristiano, porque, á no serlo, no jurara *en Dios y en mi conciencia*. Ahora tengo para mí que áun en el mismo infierno debe de haber buena gente.»

La severidad de Clemencin en la exactitud de las citas le lleva tambien muy léjos. Así, v. g., cuando prueba que no fué Madásima, sino Grasinda, la que eligió al maestro Elisabat por confidente y consejero, y tuvo con él ciertos tratos y familiaridades que dieron ocasion al vulgo maldiciente para que dijera lo que dijo, casi ve el lector á Clemencin trabar, por amor á la erudicion, una tan graciosa pendencia con Cardenio, como la que sostuvo don

Quijote, á fuer de legitimo caballero andante, defensor de la honestidad y buen nombre de las reinas y damas principales.

Otra clase de comentarios que lleva Clemencin al extremo, es la de ver á cada paso en el *Quijote* remedos, imitaciones ó parodias de los libros de caballerías. Imitarlos y parodiarlos era, sin duda, el propósito de Cervantes, mas no tan asido y sujeto á ellos, que apenas hay, segun Clemencin, no se diga ya aventura, pero ni vulgar incidente, por insignificante que nos parezca, que no caiga adrede en el *Quijote* á fin de remedar, parodiar ó recordar otro caso ó varios casos semejantes de uno ó más libros de caballerías. En esto luce Clemencin su extraordinaria erudicion en todo, y singularmente en dichos libros, y prueba su diligencia suma en compulsarlos; pero, si á veces nos convence, más á menudo no nos convence de que haya habido imitacion. Así, por ejemplo, Sancho comienza á llorar cuando la aventura de los batanes, temiendo perder á su señor y de miedo de quedarse solo. Para un profano nada hay más natural que el lloro de Sancho. No hay para qué imaginar imitacion: mas Clemencin cita en seguida, para hallarla y demostrarla, todos los escuderos, enanos, dueñas, doncellas y gigantes, que comenzaron á llorar en caso parecido. D. Quijote ata su caballo á un árbol. Cualquiera cree que una accion tan comun y tan sin malicia, no há menester comentario. Clemencin, no obstante, le pone, y nos descubre que D. Quijote imitó en esta ocasion á éste, á aquel y á estotro caballero, que ataron tambien sus caballos á sendos árboles, como si cuando cualquiera se apea no hiciese por lo general la misma cosa. Por el contrario, don Quijote no ata su caballo á árbol alguno, sino que le deja

libre pastando. Clemencin en seguida amontona citas de los infinitos caballeros que hicieron lo propio; como si fuera peculiar y privativo de los libros de caballerías y accion extraordinaria, digna de ser comentada, el dejar sueltos los caballos ó las acémilas para que coman la yerba ó estén á prado, como dicen y suelen hacer con ellas los arrieros.

En estos casos comunes y ordinarios de la vida no sé con qué fin se ha de buscar imitacion, ni siquiera coincidencia. Imito ó coincido con todo el género humano cuando me acuesto para dormir, cuando como ó cuando duermo, si bien en realidad á nadie imito, ni con nadie coincido, sino que sigo mi natural condicion, lo mismo que las demás criaturas.

No es esto afirmar que Cervantes no imite ó no parodie en muchas ocasiones. Ya he dicho que no era otro su propósito. El *Quijote*, en el sentido más noble y más alto, es sin duda una parodia de los libros de caballerías; pero esta parodia, no lo es sólo en el sentido más alto y más noble, sino que va hecha con amplia libertad, y no ciñéndose ya á este lance, ya al otro de los libros parodiados, sino al espíritu superior que los anima todos. Si algun libro especial sigue Cervantes más que otros es el de *Amadis de Gaula*, por ser el mejor, *único en su arte*, y como arquetipo de todos ellos.

Sigue tambien é imita á Ariosto, en el *Orlando*, cuya inspiracion, ó mejor dicho, cuya propension es semejante á la suya, aunque en otro grado y por diverso estilo.

Por lo demás, Cervantes es tan sincero en todo que cuando imita ó remeda, casi siempre lo declara, como en la discordia que hubo en la venta, la cual, segun el mismo D. Quijote, era un perfecto trasunto de la del campo

de Agramante, y como en la penitencia que hizo D. Quijote en Sierra Morena, imitada de la de Beltenebrós en la Peña-pobre. Y al contrario, Cervantes se excusa á menudo chistosamente, y en realidad se alaba, de inventar lances, encantamientos y aventuras jamás imaginados ó soñados en libro alguno de caballerías, suponiendo que, como D. Quijote era caballero novísimo, que resucitaba la antigua institucion, no sólo hacia retoñar lo atañedero y perteneciente á ella, sino que inventaba nuevos modos de encantar y usos y costumbres peregrinos.

Me parece que á fin de entender en qué sentido sostengo que el *Quijote* es una parodia, conviene hacerse cargo de que la parodia no se hace por lo comun sino de escritos ó acciones que en cierto modo infunden al parodiador un amor y un entusiasmo espontáneos, vehementes, impremeditados y como instintivos, á los cuales, ó bien la reflexion fria niega su asentimiento, ó bien la parte esceptica de nuestro sér se opone. El objeto de la parodia, si el parodiador es un verdadero poeta, y tal era Cervantes, aparece siempre á sus ojos cual un bello ideal que enamora el alma y arrebatata el entendimiento; pero que no responde, ó por anacrónico ó por ilógico, á la realidad del mundo, ora en absoluto, ora sólo en un tiempo dado. El ingenio de los españoles no se inclina á la burla ligera como el de los franceses, pero se inclina más á esta parodia profunda. La reaccion del escepticismo y del frio y prosáico sentido vulgar es más violenta en nosotros por lo mismo que es en nosotros más violento el amor, y la fe más viva y el entusiasmo más permanente y fervoroso. En ningun pueblo echó tan hondas raíces como en el español el espíritu caballeresco de la edad media; en ningun pecho más que en el de Cervantes se infundió y ardió

ese espíritu con más poderosa llama: nadie tampoco se burló de él más desapiadadamente.

Cervantes parodió en su *Quijote* el espíritu caballeresco, pero confirmándole antes que negándole. No fué esta su intencion, pero fué su inspiracion inconsciente, la esencia y el sér de su ingenio; de lo cual no se daba cuenta, por ser él poco crítico, y por vivir en una edad y en una nacion donde la crítica literaria y la reflexion sobre estos puntos, si existia, era superficial ó extraviada. Epoca aquella de impremeditada inspiracion, el único intento claro y determinado que Cervantes tuvo, fué censurar los libros de caballerías. Melchor Cano, Luis Vives, Alejo de Venegas, fray Luis de Leon, Malon de Chaide y otros, los habian ya censurado sériamente. Cervantes quiso acabar con ellos por medio de la burla, y vino á lograrlo. No llevaba Cervantes otro fin, y no se comprende cómo algunos admiradores suyos lo desconozcan, suponiendo propósitos contrarios en el *Quijote*. En mil pasajes de esta obra inmortal se declara, sin la menor ironía, sino franca y abiertamente, que se trata de desterrar los libros de caballerías y de anatematizar su lectura. No debe, pues, dudarse de esto. Se dirá, sí, que yo pongo una contradiccion radical entre el intento premeditado del poeta y su inspiracion ó instinto semi-divino. A esto respondo que la contradiccion es sólo aparente. Para hacerlo ver, explicaré por estilo conciso y como en cifra lo que entiendo por literatura caballeresca.

Es condicion del alma humana no contentarse con lo presente, y, como la aspiracion con dificultad finge una esperanza adecuada á ella, los hombres suelen siempre fingir en lo pasado, y no en lo porvenir, lo sumo de la hermosura y de la perfeccion que conciben. Para levantar

sobre cimientos sólidos el alcázar de nuestras ilusiones y la meta ó término de nuestro deseo, conviene, si ha de ser en lo porvenir, apelar á lo sobrenatural, ir más allá de este mundo sensible en alas de la fe religiosa. En este mundo, con sólo la imaginacion, y no sostenidos por la fe, jamás hemos llegado á fantasear, soñar ó columbrar otra vida mejor en lo venidero, hasta una época muy reciente, de donde ha nacido una filosofía de la historia optimista y alegre: la doctrina del progreso. Pero antes, y aún hoy para muchos hombres, la edad de oro se pone en lo pasado, y, si en lo porvenir se esperó alguna vez ó se espera aún, es por milagro, y como una purificacion, como una vuelta, como el renacimiento de un período histórico ya transcurrido. Las naciones ó las razas que tienen una grande y gloriosa vida ó por la accion ó por el pensamiento, y que vienen á decaer, á perder la fuerza política que las unia, y á dejar de vivir de vida propia, son casi siempre las que crean un ideal en que luego el resto de la humanidad se complace. Este ideal aparece, en lo pasado, en el período de mayor esplendor de aquella raza, ó se columbra en lo porvenir, merced á una renovacion milagrosa y divina del mismo período. El ideal de la edad media y toda su poesía de entonces se pueden representar en estas dos direcciones, si bien no convergen en el punto de partida. La religiosa y mística está fundada en el cristianismo; la mundana y caballescica toma para manifestarse, en su más alto grado de perfeccion, la historia tradicional ó legendaria de una de las razas poderosas y decaidas de que he hablado: la raza céltica. El ciclo del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda es la creacion primordial y más pura del mundo caballescico. Todas las excelencias que no existian, y cuyo logro se

anhelaba, se pusieron allí. Los cantares de los antiguos bardos bretones fueron transfigurados por el cristianismo, y magnificados con todo ensueño y con toda aspiración á mejor vida. Esta poesía popular pasó de la lengua propia á la lengua latina, y, ya en esta lengua universal entre los letrados, recorrió toda la Europa y llegó á divulgarse. Lanzarote del Lago, Merlin, Ginebra, Bibiana, Don Tristan de Leonis y la reina Iseo, con sus amores, encantamientos, profecías y hazañas, fueron cantados en todas partes, y en Alemania, en Italia y en España se atrevieron á competir con los héroes nacionales, y tal vez á eclipsarlos.

Al mismo tiempo no se borraban de la memoria de los hombres los recuerdos vivos y la admiración entusiasta de la gran civilización helénica. La duración, aunque decayda, del imperio de Constantinopla, y el frecuente trato que conservaron los griegos, á pesar del cisma, con la Europa occidental, merced á las cruzadas y al comercio marítimo de venecianos, pisanos y genoveses, contribuyeron á conservar dichos recuerdos. En ellos puso también la edad media el ideal de la caballería, y la guerra troyana y las conquistas de Alejandro, se puede decir, á pesar del anacronismo, que formaron otro ciclo, el cual se extendió y divulgó no menos que las hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda. Si Merlin fué el príncipe de la magia, Aristóteles fué el rey de la ciencia, y Héctor, Aquiles y Alejandro se convirtieron en maravillosos andantes. El libro del falso Calistenes, y tal vez algún otro poema ó crónica griega sobre las conquistas del Macedon, dieron origen en todas las lenguas de Europa, y en algunas de Asia, á sendos poemas de Alejandro, entre los cuales el que escribió en castellano Lorenzo

de Segura fué de los últimos en el orden cronológico.

En fin, la grandeza de la antigua Roma, que habia dado sus leyes, su civilizacion y su idioma á las naciones occidentales de nuestro continente, tampoco podia olvidarse. El sacro romano imperio era el espectro, la sombra de aquella muerta grandeza, y el poder del Padre Santo una más alta manifestacion de la providencial preponderancia de Roma, en lo antiguo por medio de las armas, entonces de un modo espiritual. Para ingerir esta grandeza en los cantos épicos populares no se retrocedió con todo hasta Augusto ó hasta Constantino. El extraordinario renovador del imperio, santificado por el cristianismo, y su reinado y época, fué y fuéron el centro y el momento de otro ciclo no menos admirable. Sin duda que á algunos personajes de la antigua Roma, y en particular á Virgilio, los transfiguró tambien la edad media y los pintó á su modo; pero el centro de la epopeya romano-imperial fué Carlo-Magno. Aquel ciclo, más fecundo que los dos anteriores, más significativo y más rico, se llamó carlovingio; y, como los dos anteriores, no fué sólo nacional, sino que tomó carta de naturaleza en todos los países de Europa.

Al lado de estos tres ciclos, por decirlo así, cosmopolitas, se levantaron las rudas epopeyas meramente nacionales.

La abundancia de lo fantástico, de lo sobrenatural y de lo misterioso con que los poemas caballerescos solian estar adornados, se componia de una infinidad de elementos diferentes, fundidos en uno por la maravillosa fuerza de cohesion de la fantasía popular en aquellos siglos, cuando la reflexion no cortaba el vuelo de la fantasía, y cuando, por lo mismo que las nacionalidades no estaban

tan marcadas y distintas como en el día, más fácilmente se dejaban influir unas por otras. El cristianismo prestaba su espíritu y daba sér á muchas leyendas, como, por ejemplo, á la del Santo Grial; pero todas las religiones de los paganos, así del Norte de Europa, como de la antigüedad clásica, como de la India y de la Persia, transmitidas por los árabes, concurrían con sus maravillosas visiones á realzar aquellas epopeyas espontáneas. Los sentimientos de pundonor, de lealtad y de amor fiel y rendido á una dama, eran el eje sobre que giraba aquel mundo fantástico. Mas había algo que propendía á quebrantar este eje, disipando como vana sombra, ó haciendo que todo aquel mundo fantástico se perdiese en el vacío. Este defecto era la carencia de finalidad; lo mezquino ó lo vacío del fin, comparado con lo colosal de los medios; consecuencia legítima del caos de las naciones en aquella edad y de su falta de intencion práctica para la vida colectiva del género humano. Toda fuerza trascendental, toda aspiración *humanitaria*, estaba entonces en la religion, y se proponía un fin ultramundano. Así es que no tenía la literatura profana un norte, un término, y, no sólo por la rudeza de las lenguas que entonces se formaban, sino también por la anarquía del pensamiento, reflejo de la anarquía social y política, no pudo crearse un gran poema caballeresco. El gran poema de la edad media tuvo que ser religioso, y le realizó Dante. No pudo haber un gran poema profano de interés nacional, porque las nacionalidades, ó no se habían formado aún, ó no se habían comprendido ni tenían conciencia de sí.

Hubo, sin embargo, un pueblo, donde se manifiesta antes, y con toda su fuerza, la conciencia de la vida real colectiva; donde el continuo batallar contra infieles, dis-

putándoles el terreno palmo á palmo, identifica el amor de la religion con el de la patria, la unidad de creencias con la unidad nacional; donde el sol brillante del Mediodía, junto con el afan de guardar la pureza de la fe, disipa todas las visiones heterodoxas de la fantasía popular de la edad media, hadas, encantadores y vestiglos; y donde la dureza de la vida y la actividad guerrera no dan vagar ni reposo para fingir sentimientos quinta-esenciados y metafísicas amatorias. Este pueblo es el español, y en las primeras, indígenas y originales manifestaciones de su espíritu poético, hay una sobriedad tan rara de lo sobrenatural y fantástico, tal solidez, tanta precision y firmeza en las figuras y en los caractéres, tan poca exageracion y ninguna extravagancia en los amores, y una rectitud tan sana en las demás pasiones y afectos, que forman del todo una poesía naciente, caballescica tambien, pero que se opone á la fantástica, libertina y afectada poesía caballescica de otros países. Sus héroes, sin dejar de ser extraordinarios é ideales, tienen por raíz exacta la verdad. Hay en ellos algo de macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa. Salvo la ventaja que daba á nuestros poemas primitivos el estar iluminados por la idea cristiana, y salvo la desventaja de estar escritos en una lengua rudísima, sus héroes se parecen á los de Homero por lo reales, por lo determinados, y por lo individualizados que están. No se ven envueltos en aquel nimbo misterioso, en aquella vaguedad de los héroes de la Tabla Redonda: todos van á un fin, todos llevan un propósito fijo; no es vano el término de sus proezas, sino que es el triunfo de la civilizacion católica y de la patria.

Atendidas las observaciones que acabo de hacer, se

comprende el entusiasmo de Southey por el poema del Cid, al cual nada halla comparable en todas las literaturas del mundo más que la *Iliada*. Hegel, que es más alta autoridad que Southey, conviene esencialmente en lo propio, si bien son los romances, y no el poema, los que compara á la *Iliada*, y los que pone por cima del poema nacional de Alemania, los *Niebelungen*, y de todos los demás poemas de la edad media. Las razones que da Hegel son en sustancia las que ya se han dado: la mayor verdad del poema del Cid. El héroe y cuantos le rodean tienen más sér real, más verdad humana; se proponen un fin útil; obran con juicio y concierto; son como Héctor y Aquiles, no como Merlin ó Lanzarote. El Cid legendario no es una figura arrancada de la historia y trastrocada por la fantasía; es una figura histórica que la fantasía popular ha ensalzado, sin borrar su individualidad y sin destruir sus proporciones y forma efectiva.

Poco importa que el metro y la estructura del Poema del Cid estén imitados de las canciones de gestas. El espíritu es puro, original y castizo en toda la extension de la palabra. Pero esta poesía pura, original y castiza, hubo de ceder pronto el campo á la imitacion de la literatura extranjera. Los trovadores provenzales infundieron en la poesía lírica de España sus discreteos, su metafísica de amor, su escolasticismo cortesano y su *sensiblería* ergotista. Y las historias del rey Arturo y de Carlo-Magno, y las hadas, y los gigantes, y toda aquella profusion de prodigios supersticiosos, y las doncellas belicosas, trashuman-tes y andariegas, y los magos y adivinos con sus profecías y encantamientos, todo vino á infiltrarse en nuestros cantos épicos populares.

En el género lírico fué harto perjudicial esta influencia,

porque hizo nacer la poesía pedantesca, afectada y fría de los cancioneros. En el género épico no fué tan grave el daño en un principio. Aquellas leyendas peregrinas tenían gran mérito y significacion. Eran la historia *mythica*, el origen ideal de lo más hermoso y perfecto que en la edad media pudo soñarse. Pero el ingenio de los españoles no se contentó con reproducir bajo otra forma la belleza de aquellas fábulas, y, ya con atraso, respecto al movimiento general del mundo, se propuso superarlas. De aquí nacieron los libros de caballerías, género de literatura falso y anacrónico hasta lo sumo. Lanzarote, don Tristan de Leonís y los Doce Pares, aunque no hubiesen tenido fundamento histórico, le tenían tradicional; habian vivido, durante siglos, en la creencia del pueblo, si no habian sido creados por él. Pero en España, sin apoyarnos ni en la tradicion ni en la historia, sino lanzándonos atrevidamente en la region de los sueños, extrajimos de nuestra propia fantasía una multitud de héroes disparatados y quiméricos, entre los cuales descuellan los Amadíses y los Palmerines y forman dos familias dilatadísimas. El estilo afectado y conceptuoso de estos libros está conforme con lo absurdo de cuanto en ellos se refiere. Era una literatura falsa, sin razon de ser y fuera de sazón.

Ya las naciones de Europa habian llegado á su virilidad; ya era conocida su alta mision de civilizar el mundo. Para este fin, la Providencia, valiéndose de portugueses y españoles, habia abierto los nuevos caminos del extremo Oriente, y habia dado paso, por las nunca surcadas olas del Atlántico, á nuevos mundos ingentes é inexplorados. Las verdaderas hazañas, las increíbles aventuras, las atrevidas empresas y las inauditas peregrinaciones de los modernos aventureros debian eclipsar todas las

altas caballerías de los siglos pasados, cuya falta de finalidad no podía menos de hacerlas objeto de burla. Era menester que cesase todo aquel vano estruendo, aquella agitacion inútil, aquel mal gastado brío y aquella desperdiciada heroicidad.

*Cesse tudo o que a Musa antigua canta,
Que outro valor mais alto se alevanta.*

Casi un siglo antes de que en España se escribiera el *Quijote*, en Italia, país entonces á la cabeza de la civilizacion, floreció un poeta, cuyo claro entendimiento y cuyos estudios y perspicacia crítica le dieron á conocer una verdad hoy evidente; á saber, que, como dice Juan Bautista Pigna, contemporáneo de dicho poeta, y autor de una vida suya, *più vero epico esser non si possa*: esto es, que, en la edad reflexiva del mundo y en el seno de una civilizacion tan complicada, no es posible escribir con seriedad una verdadera y buena epopeya heróica. Las ciencias, las artes, la filosofía, las miras é intereses de los hombres y sus diversos afanes, no se cifran ya y se resumen en un libro en verso, como en las edades primitivas. No es dable un poema que tenga la significacion del *Ramayana*, del *Mahabharata*, de la *Iliada*, ó siquiera de la *Eneida*. El mundo y el poeta, con una superior comprension de las cosas divinas y humanas, encontraban ya pueriles y sin propósito las leyendas, los cantos y los romances en que la edad media se habia complacido. Sin embargo, era lástima que aquellas fábulas quedasen sin una forma tan hermosa como merecian, y esparcidas en muchas composiciones aisladas y rudas, de carácter más ó menos popular. Todas ellas, ó la mayor parte, aunque no se prestaban á ser tratadas sériamente, podian formar un artificioso conjunto, un juego maravilloso del ingenio,

donde, sin destruir sus bellezas, antes mejorándolas por la forma y por cierta unidad, estuviesen templadas y como suavizadas por una alegre y finísima ironía. Tal fué el intento de Messer Ludovico Ariosto. Para realizarle, no contento con seguir las huellas de Boyardo y estudiar las fábulas caballerescas que circulaban en Italia, dicen que se puso á aprender las lenguas francesa y española, en que muchas de estas ficciones muy hábilmente se habian escrito, y tomando de aquí y de allí, por el arte con que las abejas hacen la cera y la miel, que no sólo son dulces y útiles, sino duraderas, compuso el *Orlando*, donde está en hermoso compendio *tutta la romanzeria*, como en el panal el jugo, el almíbar y el aroma de las más generosas flores. No quiso componer una epopeya; no quiso incurrir en este anacronismo. Menos aún quiso escribir un libro de caballerías. Lo que compuso fué el testamento de las leyendas de la edad media. Messer Ludovico Ariosto quiso cerrar y cerró dignamente el ciclo Carlovingio, agrupando en torno mil otras fábulas y tradiciones, en una obra de carácter singular, donde no acierta el lector á decidir si el poeta canta alguna vez á sus héroes ó si se ríe de ellos siempre.

Despues del *Orlando*, siguieron, con todo, componiéndose poemas y novelas caballerescos. Por el estilo irónico ha llegado esta afición hasta nuestros dias, dándonos de ello una linda muestra Wieland en su *Oberon*. Con toda formalidad, en Portugal, en Italia y en España, se escribieron cada vez más desatinados. Los linajes de Perion y de Primaleon no se extinguían y nos daban los Polendos, Florendos, Lisuartes y Esferamundis. Dos ó tres años antes de aparecer la primera parte del *Quijote* habia aparecido D. Policisne de Beocia.

Pero la literatura caballeresca debia morir, y de tal suerte se habia viciado y corrompido que no bastaba la indulgente ironía de Ariosto. Fué menester la franca y descubierta sátira de Cervantes para acabar con ella, y abrir, como se abrió en el *Quijote*, el camino de la buena novela, que es la epopeya de la moderna civilizacion, el libro popular de nuestros dias. Parándose á considerar en este punto el mérito del *Quijote* pasma verdaderamente su grandeza. Se le ve colocado entre una literatura que muere y otra que nace, y es de ambas el más acabado y hermoso modelo. Como la última creacion del mundo imaginario de la caballería no tiene más rival que el *Orlando*; obras maestras ambas, dice Pictet, de un arte perfectísimo, que dan á ese mismo mundo imaginario que destruyen un puesto muy alto en la historia de la poesía humana. Como novela, aún no tiene rival el *Quijote*, segun Federico Schlegel lo prueba con sábios argumentos. Manzoni y Walter Scott distan tanto de Cervantes, cuanto Virgilio, Lucano, y todos los épicos heroicos de todas las literaturas del mundo distan del divino Homero.

Por cuanto queda expuesto se corrobora más que de censurar Cervantes en el *Quijote* un género de literatura falso y anacrónico, no se sigue que tratase de censurar ni que censuró y puso en ridículo las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad en los amores, y otras virtudes que constituian el ideal del caballero y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus como el suyo. No hay en mi sentir, acusacion más injusta que la de aquellos que tal delito imputan á Cervantes. Don Quijote, burlado, apaleado, objeto de mofa para los duques y los ganapa-

nes, atormentado en lo más sensible y puro de su alma por la desenvuelta Altisidora, y hasta pisoteado por animales inmundos, es una figura más bella y más simpática que todas las demás de su historia. Para el alma noble que la lea, D. Quijote, más que objeto de escarnio, lo es de amor y de compasion respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo. No sólo cuando no le tocan en su monomanía es D. Quijote discreto, elevado en sus sentimientos, y moralmente hermoso, sino que lo es aún en los arranques de su mayor locura. ¿Dónde hay palabras más sentidas, más propias de un héroe, más noblemente melancólicas que las que dice al Caballero de la Blanca Luna, cuando este le vence y quiere hacerle confesar que Dulcinea del Toboso no es la más hermosa mujer del mundo? «D. Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.» Ni del caballero que estas palabras dice, ni de los sentimientos que estas palabras expresan, pudo en manera alguna burlarse Cervantes. Hay en estas palabras algo de más patético y sublime que cuanto se cita de sublime y de patético en la poesía ó en la historia. El *qu'il mourût* de Corneille y el *tout est perdu hors l'honneur* de Francisco I, parecen frases artificiosas, rebuscadas y frias, frases de *parada*, al lado de las frases sencillas y naturales de D. Quijote, que nacen de lo íntimo de su corazón y están en perfecta consonancia con la nobleza de su carácter, nunca desmentida desde el principio hasta el fin de la obra.

Yo no entiendo ni acepto muy á la letra la suposicion de que D. Quijote simboliza lo ideal y Sancho lo real. Era Cervantes demasiado poeta para hacer de sus héroes figuras simbólicas ó pálidas alegorías. No era como Molière que hace en *El Avaro* la personificacion de la avaricia y en *El Misántropo* la personificacion de la misantropía. Era como Homero y como Shakspeare, y creaba figuras vivas, individuos humanos, determinados y reales, á pesar de su hermosura. Y es tal su virtud creadora que D. Quijote y Sancho viven más en nuestra mente y en nuestro afecto que los más famosos personajes de la historia. Ambos nos parecen moralmente hermosos, y los amamos y nos complacemos en la realidad de su sér como si fuesen honra de nuestra especie.

La sencilla credulidad de Sancho y su natural deseo de mejorar de fortuna constituyen el elemento cómico de su carácter. Pero un entendimiento claro y elevado no es la sola prenda por donde los hombres se hacen amar y respetar de sus semejantes. La bondad, el candor y la dulzura, inspiran amor y le reclaman. En este sentido Sancho es amable. Con justicia le llama D. Quijote, «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero». La rectitud de su juicio, la mansedumbre de su condicion y su cándida buena fe, engendran aquel tesoro de chistes de que tanto nos admiramos, su inocente malicia, la excelencia de sus fallos cuando era gobernador, y la naturalidad ingénua de sus máximas y acciones.

Si Sancho es tan bueno y tan amable, ¿cuánto más no lo es el hidalgo, su amo? ¿Qué corazon hay que de él no se enamore? ¿Quién no siente un íntimo deleite cuando sale bien de alguna peligrosa aventura? ¿Quién no comparte su satisfaccion cuando vence los leones? ¿Quién no la-

menta su vencimiento en la playa de Barcelona? ¿Quién, despues no se aflige de su melancolía? ¿Quién, por último, no llora su muerte como la de un sér muy amado?

Altisidora se burla de D. Quijote, y aún tiene la impiedad de añadir á la burla el insulto. Le llama «don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátíl, don vencido y don molido á palos;» pero este mismo insulto y atropello realza más al héroe y califica de frívola y sin entrañas á la burladora: porque ¿cómo no admirarse de la hermosura del alma de D. Quijote, que «campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder y en la buena crianza? Estas partes caben y pueden estar en un hombre feo, y, cuando se pone la mira en esta hermosura y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y vehemencia».

Lo inspirado del *Quijote* es lo que está por cima del intento de Cervantes al escribirle, que es, como repetidas veces él mismo dice, *poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías*. Si se hubiera limitado á realizar este propósito, no seria su libro el mejor entre todos los de entretenimiento; no se diria con verdad del autor y de sus personajes: «¡oh autor celebérrimo! ¡oh D. Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí vivais siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.»

Reducido el *Quijote* á una mera sátira literaria, seria algo parecido á *La derrota de los pedantes* de Moratin ó á *Les héros du roman* de Boileau, y, como es inmensamente más grande, se ha de suponer que la sátira literaria es sólo ocasion de la obra maravillosa del poeta. Va este contra los libros de caballerías, pero está animado del espí-

ritu caballeresco. Su alma es el alma de D. Quijote. Don Quijote es él; no porque material y menudamente figuren las aventuras del hidalgo manchego sus propias desventuradas aventuras, sino porque pone en él la generosidad de su alma, y la pone por tal vigor de estilo, que se nos retrata y aparece.

Merced á la diligencia y buena crítica de los entendidos y laboriosos escritores Mayans y Ciscar, Pellicer, Navarrete, Rios, Hartzenbusch, Fernandez Guerra, Barrera y otros, bien se puede afirmar que conocemos hoy la noble y trabajada vida del príncipe de nuestros ingenios; pero aunque nada se conociese de ella, quien leyese el *Quijote* comprenderia y amaria la excelencia moral de su autor, que allí ha quedado impresa en signos claros, indelebles y hermosos.

Si se atiende á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribia el *Quijote*, viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario, sus personajes, hasta los peores, tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad resplandecen en este respeto que muestra á toda criatura hecha á imágen y semejanza de Dios. Las mujeres especialmente, segun la atinada observacion del señor Hartzenbusch, «son casi todas en su libro á cual más bellas y discretas y merecedoras de cariño; y á la que pinta, ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo, para que no repugne. Riense dos mozas cuando D. Quijote las llama doncellas, pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena, y cuando les pregunta sus nombres, no se atreven á mentir,

sino que bajando los ojos, declaran humildes los apodos que llevan de la Tolosa y la Molinera. La soez Maritornes misma, la caricatura del *Quijote* más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se le paga, y en otra ocasion ofrece oraciones para que se consiga volver á la razon al hidalgo demente.»

Aún nos deleita más, haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro sér segun él la concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de D. Quijote infunden en el ánimo de los hombres más rústicos y desalmados. Pastores, rameras, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente; todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiracion sus palabras, hasta que, rayando el ingenioso hidalgo en el último extremo de su locura, le tienen que moler á palos, por una fatalidad de la locura misma en que se funda lo cómico de la historia. Mas la significacion altamente consoladora y humana que tienen esta necesidad y este poder con que obliga al amor y al entusiasmo cuanto es bello y grande, aunque aparezca bajo una fea y *triste figura* y venga unido á la demencia, luce como en nada en el cándido y repetido pasmo del buen Sancho Panza, al oir los discretos, apacibles y muy á menudo elevados razonamientos de su señor.

Son naturales y chistosísimas la credulidad de Sancho y su esperanza de ser gobernador ó conde; pero no es esto lo que principalmente le lleva á seguir á su amo. No pintó Cervantes en Sancho á un hombre interesado y egoista. Si su baja condicion y su pobreza le hacen codiciar, aun en esto entra por mucho el amor que tiene á su mujer y á sus hijos, á fin de que la codicia misma esté

disculpada y toque por algun lado ó se funde en sentimientos bellos. No; Sancho no sigue á D. Quijote sólo por la ínsula. Mil veces duda de la promesa del gobierno, mil veces se da á sospechar que en aquellas expediciones no granjeará mas que manteamientos, coces y puñadas, y pasar malos dias y peores noches; pero, léjos de desear, cuando está así desengañado, dejar el servicio de D. Quijote, llora y se compunje, si su amo le despide; dice que su sino es seguirle, que ha comido su pan, que no es de alcurnia desagradecida, y que sobre todo es fiel y leal, y no es posible que pueda apartarle de su amo otro suceso que el de la pala y el azadon. Por último, dan mayor luz de sí la bondad y humildad de Sancho, cuando, durante las grandezas del gobierno, echa de menos la compañía de su señor D. Quijote, y sobre todo, cuando renuncia y abandona el gobierno mismo, repitiendo con tanta resignacion y mansedumbre las palabras de Job, *desnudo naci, desnudo me hallo*, y mostrándose superior á sus indignos y empedernidos burladores, contra los cuales no exhala la menor queja, ni guarda el rencor más mínimo. El abrazo y beso de paz que da entonces en la frente á su compañero y amigo, al conllevador de sus trabajos y miserias, arranca lágrimas, y con las lágrimas, risa, por ser un asno el objeto de aquella efusion de ternura.

Ni se diga que Cervantes pinta muy cobarde á Sancho, sino muy pacífico. Con harta bravura sabe pelear cuando es menester, como lo muestra con el cabrero, y en otras ocasiones. Es, sí, tímido de lo sobrenatural, por lo infantil de su inteligencia. Por lo comun, Cervantes no halla cómica la cobardía, como ningun vicio enteramente despreciable ú odioso. Es, además, tan grande su senti-

miento de la humana dignidad, que, movido por él, rechaza toda proteccion y amparo de los poderosos á los débiles, y de esto se burla más que de nada, como en la aventura del muchacho Andrés y en otras parecidas. No gusta Cervantes de imaginar caballeros valerosos y de contraponerles lacayos y villanos asustadizos. Antes los iguala á todos, ya que no preste más brios á la gente menuda. Aquellos pelaires y agujeros que mantearon á Sancho dejaron abierta la puerta de la venta, sin temer la cólera de D. Quijote, y lo mismo hicieran, aunque don Quijote se hubiera trocado en D. Roldan ó en uno de los nueve de la Fama. En fin, Juan Palomeque el Zurdo, al desechar con desden la proteccion que D. Quijote le ofrece, se diria que responde en nombre de la plebe á todos los magnates y paladines: «yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen». Y no se funda esto en arrogancia plebeya y en soberbia záfia y villana, sino, como ya he dicho, en el sentimiento de la dignidad del hombre. Cervantes le concilió siempre con aquella profunda gratitud á sus bienhechores, de que ya sacramentado y moribundo dió la muestra más tierna y sublime en su dedicatoria del *Persiles*.

La propiedad de los caractéres, y su variedad y multitud son admirables en el *Quijote*. El cura; el barbero, el ama, la sobrina, los duques, el oidor, el cautivo, todos, en suma, hasta los que están en tercero y cuarto término, son personajes vivos, perfectamente caracterizados y diferenciados; pero, fuerza es decirlo, son una galería de imágenes, sin gran enlace entre sí. Confieso mi pecado, si lo es. No acierto á descubrir esa unidad de accion que ve D. Vicente de los Rios en el *Quijote*. Es más; apenas

si hallo en el *Quijote* una verdadera accion en el sentido riguroso. Hay, sí, una série de aventuras, todas admirablemente ideadas, y enlazadas por el interés vivísimo que inspiran los dos personajes que las van buscando. Pero el desarrollo, el progreso de una fábula bien urdida, en que no haya acontecimiento que no conspire, que no prepare, que no precipite el desenlace, eso no lo veo. La unidad del *Quijote* no está en la accion, está en el pensamiento, y el pensamiento es D. Quijote y Sancho unidos por la locura. Qúitense lances, redúzcase el *Quijote* á la mitad ó á un tercio, y la accion quedará lo mismo. Añádanse aventuras, imaginense otros cien capítulos más sobre los que ya tiene el *Quijote*, y tampoco se alterará lo sustancial de la fábula. Esta es una falta del *Quijote* que no debo negar por un exagerado patriotismo; pero es una falta inevitable, dado el asunto. En balde procura Cervantes enmendarla en la segunda parte. Sólo en apariencia lo consigue. El Bachiller Sanson Carrasco, vencido al principio por don Quijote, se decide á sacarle la locura de los cascos, y le vence por último en las playas de Barcelona, obligándole á volverse á su casa. Lo mismo, con todo, importaba que le hubiese vencido antes ó despues. Su triunfo no es causa sino ocasion, á lo más, de que la historia termine. Bien pudo escribirse otra tercera parte en que hiciese el ingenioso hidalgo la vida pastoral y volviese luego á sus caballerías. Si el sanar D. Quijote de su locura es un desenlace, si lo es su muerte, ¿cómo son ambas cosas independientes de la accion, del movimiento de la fábula, y no preparadas por ella? La locura de D. Quijote le aisla además, y le coloca en un mundo fantástico. Nada de lo que pasa en torno suyo influye en él sino transfigurado por su fantasía. En nada suele él influir, sino como mero

espectador. Los amores de Dorotea y Luscinda, los de Grisóstomo, la historia del cautivo, las bodas de Camacho, todo es ageno á D. Quijote. Igual seria ponerlo en el libro que no ponerlo, tratándose sólo de la unidad de accion. Bien hubiera podido Cervantes cambiar los episodios, trocar las aventuras, alterar de mil maneras el órden en que están, barajarlas y revolverlas casi todas; siempre hubiera quedado, en su esencia, el mismo *Quijote*. Repito, con todo, que esto es culpa del asunto, y no del poeta, y que, á pesar de esta culpa, es el *Quijote* uno de los libros más bellos que se han escrito, y la primera con una inmensa superioridad entre todas las novelas del mundo.

Cervantes era un gran observador y conocedor del corazon humano. Sin duda, quanto habia visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda laya con quienes habia tratado, le dieron ocasion y tipos para inventar y formar unos personajes tan verdaderos como los del *Quijote*; pero hay una enorme distancia de creer esto á creer que todo es alusion en dicho libro, y á devanarse los sesos para averiguar á quién alude Cervantes en cada aventura, y contra quién dispara los dardos de su sátira. Si él hubiera tenido la incesante comezon de injuriar á sujetos determinados, lo hubiera hecho de otra suerte y no trocando una creacion poética de subidísimo precio en un ridículo y perpétuo acertijo.

El arriero enamorado de Maritornes era de Arévalo, porque á Cervantes le habia jugado alguna mala pasada un arriero de Arévalo. Cervantes llama á Cide Hamete autor arábigo y manchego, porque quiere zaherir á la gente de la Mancha de poco limpia de sangre. El licencia-

do Alonso Perez de Alcobendas es Blanco de Paz en anagrama. Dulcinea es una pobre solterona, preciada de hidalga, y natural del Toboso, llamada Ana Zarco de Morales. El propio D. Quijote, en quien los mismos que hacen estas interpretaciones confiesan que puso Cervantes lo mejor de su alma, es un cierto D. Alonso Quijada de Salazar, de quien Cervantes quiso burlarse porque se habia opuesto á su boda con doña Catalina Palacios. Sancho Panza, en fin, es fray Luis de Aliaga, como si hubiera la menor conexion ni semejanza de caractéres entre ambos personajes.

Las cavilaciones, la erudicion prolija y mal empleada, y los argumentos de que se valen para convencer de todo esto, rara vez logran convencerme, y si alguna vez me convencen, no me hacen entender mejor ni estimar en más el mérito del *Quijote*. Yo no estimaria en más ni entenderia mejor la hermosura del *Pasmo de Sicilia*, si alguien me probase que el Cristo y la Virgen y otras figuras no eran más que caballeros y damas amigos de Rafael, y los sayones varios enemigos suyos.

Se ve, por otra parte, en esto de buscar alusiones el afan de que pase Cervantes por un formidable y ponzoñoso satírico, contra lo que él dice:

«Nunca voló la humilde pluma mia
Por la region satírica, bajeza
Que á infames premios y degradaciones guia.»

Porque si para otro fin se buscasen alusiones, se buscarian en los personajes bellísimos, en que abunda el *Quijote*, y no en los ridículos ó moralmente feos. A nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido, con todo, buscar la realidad del Caballero del Verde gaban, señor tan excelente, que Sancho no puede menos de besarle los piés,

diciendo que era el primer santo á la gineta que habia visto en su vida. ¿A quién alude Cervantes en las figuras de Cardenio, de Luscinda, de Dorotea y de tantos otros nobles personajes? ¿De dónde saca, en fin, los inocentes, delicados y purísimos amores de D. Luis y doña Clara, á quienes en pocos rasgos pinta tan hermosos como Julieta y Romeo y Pablo y Virginia?

La interpretacion y la cavilacion han ido en pos de lo satírico, y han llegado hasta el punto de que personas dotadas de nada comun inteligencia y de poderosa fantasia hayan consumido tiempo, registrado archivos, revuelto códices y compulsado documentos, para averiguar quiénes eran los carneros que convierte D. Quijote en príncipes y capitanes. Por industria de algun comentador sabemos ya, casi á punto fijo, quiénes eran Alifanfaron de la Trapobana, Brandabarbaran de Boliche, Micocolembo de Quirocia, Pierres Papin y Pentapolin el del arregado brazo.

No por eso acierto yo á persuadirme de que estos héroes tuviesen existencia real en la córte de Felipe III. No veo el chiste que puede haber en darles tales nombres. Antes deseo decir al discreto y querido comentador, con quien me pesa no estar conforme, aquello que dijo Sancho á su amo: «Señor, encomiendo al diablo, si hombre, ni gigante, ni caballero, de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; á lo menos, yo no los veo; quizás todo debe ser encantamento.» Quizás no hay más que las ovejas y la fantasia de D. Quijote que les pone nombres graciosamente eufónicos, sin intencion alguna.

La razon más grave en contra de estos comentarios es la de que truecan el carácter de Cervantes, generoso, magnánimo y sufrido en las desgracias, por el de un mal-

diciente mordaz y solapado. Sus elogios, en mi sentir sinceros, aunque hiperbólicos, se convierten asimismo en baja adulacion ó cobarde palinodia. Pongamos por ejemplo el temido Micocolemo en quien nos quieren hacer creer que está aludido D. Bernardino de Velasco.

Demos esto por probado, y se verá que Cervantes no tiene la menor disculpa en prodigar alabanzas á dicho personaje, por boca de Ricote, para que tengan más fuerza. Llámale grande, prudente, sagaz, justiciero y misericordioso, y declara heróica la resolucion de Felipe III, á quien tambien llama grande, de expulsar á los moriscos, é inaudita su prudencia en confiar su expulsion al tal don Bernardino.

En todo esto es menester ser muy suspicaz ó muy zahorí para notar la más ligera ironía. Cervantes mismo da en compendio las razones que hubo para la expulsion, y la aprueba por indispensable, y por atrevida y por heróica la celebra y magnifica.

Cervantes era un hombre de su nacion y de su época, con todas las nobles calidades de nuestro gran sér, pero con todas las pasiones, preocupaciones y creencias de un español de entonces. Su afectuoso corazon pudo afligirse de que fuesen expulsados aquellos hombres, entre los cuales habia algunos cristianos sinceros: mas á la par reconocia que el cuerpo de toda aquella nacion estaba *contaminado y podrido*, y que era menester extirparle á fin de que no inficionase y corrompiese todas las partes sanas de la república. Cervantes, protegido y entusiasta encomiador del ilustrísimo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, no podia pensar de otra suerte que como aquel arzobispo pensaba, esto es, que, por lo menos, importaba arrojar de España á los moriscos, como el pueblo

de Dios exterminó á los cananeos ó los arrojó de la tierra prometida.

Repito, pues, que con esa perenne lluvia de alusiones y de ocultas diatribas contra determinados sujetos de que ven algunos atiborrado el *Quijote*, no sólo se afea el carácter de Cervantes, haciéndole malévolos y vengativos hasta lo sumo, sino que tambien se le amengua y achica el entendimiento. Yo al menos, con la franqueza que me es propia, tengo que declarar inepticia muchas de esas imaginadas sátiras. Otra cosa es que Cervantes tomase ocasion de algunos sucesos de su tiempo y aun de su propia vida para escribir ciertos lances, ó aventuras. Puede que la del cuerpo muerto esté tomada de la traslacion de los restos de S. Juan de la Cruz. Tal vez la aventura del rebuzno tenga por origen las desavenencias que hubo entre los vecinos del Peral y Villa Nueva de la Jara, por cuestion de límites. Lo cierto es que esta aventura, así como la batalla entre los barceloneses y los soldados de la flota, que describe el autor en *Las dos doncellas*, y otras muchas ocurrencias y pinturas por el estilo, que se leen en todas sus obras, dan clara prueba de la feroz anarquía y espantoso desorden de aquellos buenos tiempos.

No negaré yo que algunas veces la rivalidad de Cervantes con Lope, con Aliaga, aunque indigno, y con otros poetas, le haga lanzar contra ellos dardos satíricos. Por lo comun, sin embargo, en la alabanza es en lo que se excede, mostrando más la excelencia de su corazon que la de su juicio en puntos literarios. Y lo que es contra los grandes señores de la córte no habia rivalidad alguna que pudiese mover á Cervantes. Quien nunca pasó de simple soldado y de alcahalero, no era posible que viese rivales

en aquellos grandes señores, sino Mecenas más ó menos propicios. La ambicion y la envidia no estaban entonces tan despiertas como ahora; pues si el favor del Soberano sacaba á veces del lodo á validos indignos y necios, estos no eran tan instables y ni remotamente tan numerosos como los que hoy levantan los partidos; por donde no hay nadie, por ruin y para poco que sea, que no se juzgue en potencia propincua de escalar los primeros puestos, y con el derecho de infamar á los que mal ó bien los ocupan y estorban el logro de su deseo.

Por las razones expuestas, presumo yo que no ofenderia Cervantes á las personas favorecidas por sus reyes. Mucho menos me doy á recelar, como hacen otros, que de los reyes mismos se burlaba. Absurdo me parece que sea el *Quijote* una sátira de Carlos V ó de Felipe II. Quien llama grande á Felipe III, y le llama grande candorosamente, por el sumo respeto que inspiraban entonces á los españoles sus reyes, no habia de tener baja idea del invicto César y de su prudentísimo hijo. Si Quintana, con todo su filosofismo á la usanza francesa del siglo pasado, todavía hace de Carlos V un sér extraordinario, y si, calificándole de déspota, le transforma en déspota arrepentido y demagogo de ultra-tumba, á fin de que le adoremos, é identifica su gloria con la de España, ¿cómo Cervantes, que nada tenia de filósofo, habia de juzgar con severidad ó habia de poner en ridiculo los hechos de aquel emperador amado y admirado? Es cierto que la grandeza de los medios que se ponian en juego, y la inconsistencia ó nulidad de lo que resultaba, fijan en el reinado de aquel emperador el principio de la decadencia de la monarquía española: pero Cervantes no podia sospecharlo.

Cervantes, además, no pecaba de lo que se llama *libe-*

ral ahora. Al contrario, en el *Quijote*, y en otras obras suyas, da frecuentes señales de entender del modo más absoluto el poder del príncipe sobre la república. Pudiéranse citar mil ejemplos. Baste, con todo, que cite yo aquí el arbitrio que halla para que no se publiquen malas comedias; á saber, que se nombre un censor, sin cuya aprobación, sello y firma, nadie se atreva á representar comedia alguna. De suerte que, no sólo somete al gobierno las ideas de los escritores, en cuanto pueden tocar en algo á la moral, á la religion ó á la política, sino que le hace árbitro supremo del bueno ó mal gusto en literatura. El despotismo de Cárlos V ó de Felipe II no debían, pues, escandalizar á Cervantes.

No se crea, sin embargo, que era servil. En él habia un poderoso instinto de libertad y de altivez, y una independencia de carácter, propia entonces y siempre de los españoles, y muy en particular de los que se precian de hidalgos y de caballeros, que son casi todos, hasta los que al mismo tiempo se precian de demócratas. Muéstranse esta altivez y esta independencia en aquellas palabras de D. Quijote, menos de burla y más sentidas de lo que se piensa, en que declara exentos de toda ley á los caballeros andantes; «sus fueros, sus brios; sus pragmáticas, su voluntad». Muéstranse tambien en aquel desprecio y furor con que trata D. Quijote á los ministros de la justicia, *ladrones en cuadrilla que no cuadrilleros*, y con que se mueve á desafiar á la Santa Hermandad, y á extender el reto á los hermanos de las doce tribus de Israel, á Cástor y Polux, á los siete hermanos Macabeos, y á todos los hermanos y hermandades que ha habido en el mundo. Casi siempre que hay algo de valentía ó de travesura en quien se burla de las leyes ó desafía á la autoridad, Cer-

vantes, sin poder remediarlo, se pone de su parte. A los galeotes los disculpa, y si bien la apología está en boca de D. Quijote, no deja de tener fuerza y de estar hecha con calor. «Porque si bien vais castigados por vuestras culpas, dice, podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros de este, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades.» «Me parece duro caso, añade, hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres.» Pero donde más se declara esta propension de Cervantes es en el entusiasmo que consagra al valiente Roque Guinart, al capitán de bandoleros, de quien se admira, á quien ensalza sobre un pedestal de gloria, y en quien presenta un dechado de magnanimidad, de discrecion, de cortesía y de otras mil prendas hidalgas. Los principales caballeros y damas de Barcelona, los del bando de los Niarros al menos, eran de la misma opinion, y conservaban las relaciones más amistosas con aquel foragido. Faltas son estas que serian bastantes á que fuese tachada de antisocial una novela de ahora; pero en aquella época y estado social eran indispensables. Todavía, hasta hace poco, han sido en España las historias más celebradas entre el vulgo las que refieren los altos hechos de bandidos, ladrones y guapos como Francisco Estéban.

Asimismo pretenden algunos ver en Cervantes un descreido burlón. Nada, á mi ver, más contrario á la índole de su ingenio. Cervantes era profundamente religioso y aun participaba de la supersticion y del fanatismo de su nacion y de su época. España habia hecho la causa de la religion su propia causa; habia identificado su destino con el triunfo de nuestra santa fe; habia puesto por base,

no sólo á su imperio, sino á sus pretensiones de preponderancia, y de primado, y de soberanía entre todos los pueblos de la tierra, la victoria del catolicismo sobre la incredulidad y la heregía. Ser, pues, incrédulo entre nosotros, á más de renegar de Cristo, era renegar del sér de español y de hidalgo y de fiel vasallo. Este modo de nacionalizar el catolicismo tenia algo de gentilico y más aún de judaico; fué un error que vino á convertir, en España más que en parte alguna, á la religion en instrumento de la política; pero fué un error sublime que, si bien nos hizo singularmente aborrecedores y aborrecidos del extranjero, y conspiró á nuestra decadencia, colocó á España, durante cerca de tres siglos, á la cabeza del mundo, dándole en el gran drama de la historia un papel tan principal, que nada se entenderia si nuestros grandes hechos, pensamientos y miras se sustrajesen por un instante de la escena.

Siendo esto así, como lo es, Cervantes, que en grado eminente representa el genio de España, tuvo que ser y fué eminentemente religioso. En todas sus obras se ven señales de la piedad más acendrada. Cuanto se conoce de su vida concurre á persuadirnos de esta calidad que adornaba su espíritu.

Lo que sí me inclino á creer es que Cervantes discurría poco sobre ciertas materias, como la mayor parte de los españoles que no eran sacerdotes y teólogos de profesion. El Santo Oficio ahogó todo discurso, todo pensamiento sobre lo divino que no fuese una repetición de lo *oficial* y consignado. La filosofía acabó por convertirse en ergotismo frívolo para las aulas, en fría indiferencia para los hombres de mundo, y para algunos políticos y eruditos culteranos en doctrina estóica, más que metafísica, moral,

y más que moral, literaria, pues los que la seguían, antes que de la ciencia y altos preceptos de Crisipo, se apasionaban del estilo pomposo y declamatorio de Séneca.

Hay, sin embargo, quien dé por seguro que, sin elevarse á consideraciones trascendentales, Cervantes se burló encubierta y chistosamente, no de la religion, pero sí de abusos y desórdenes introducidos socapa de religion, y de muchos vicios del clero. Llegan, por ejemplo, á imaginar que tiene más malicia de la que se le atribuye aquello de decir D. Quijote á los monjes benitos, aun despues de afirmar ellos que lo eran, «ya os conozco fermentida canalla,» palabras con que Ariosto, con intento franco y deliberado, califica tambien á todos los frailes, así como profiere infinitas burlas impías, sin que por eso deje Cervantes de llamarle «cristiano poeta». Se añade que hay tambien sátira por el estilo en la aventura del cuerpo muerto, en la de los disciplinantes y en el carácter y condicion del eclesiástico que vivia con los duques.

Sin duda, Cervantes, sin querer, censuraba los vicios del clero, singularmente sobre cierto punto. El lance que el mismo D. Quijote refiere de los presentados y teólogos que fuéron desdeñados por amor del lego que para ciertos negocios y menesteres sabia más filosofía que Aristóteles, y aquellas palabras de una dueña en *La tia fingida*, dando á entender que nadie pagaba mejor que los canónigos algunos artículos de ilícito comercio, no dan la más brillante idea de la que Cervantes tenia sobre las buenas costumbres y virtud del clero. Sin embargo, Cervantes decia esto por ligereza y sin ánimo de ofender á aquella clase que en general respetaba. Una de las sentencias del licenciado Vidriera, de las cuales parece que hace Cervantes el último extremo de la discrecion, es que «nadie se olvide

de lo que dice el Espíritu Santo: *nolite tangere Christos meos.*» Y esto lo dijo el licenciado muy subido en cólera y sólo porque un sujeto tildó de gordo á un fraile. ¿Cuánto más no se hubiera enojado Vidriera con el cuento del lego y los teólogos y con la alta fama de rumbosos que entre las Claudias y las Celestinas supone Cervantes que los canónigos gozaban?

Se ha de advertir que ahora la impiedad de muchos hombres y la extremada malicia con que interpretan los dichos de los autores, hacen que vean como una sátira en lo que sólo es efecto de un candor extraordinario, y, digámoslo así, de cierta franqueza ó familiaridad con las cosas divinas que habia en aquellos tiempos de fe sincera y profunda. Al lado de esta fe habia tambien una relajacion en las costumbres y una depravacion en la moral que pasman, y que se avenian sin el menor escrúpulo con la devocion más fervorosa. La asociacion de ladrones y de pícaros del Sr. Monipodio da dinero para misas y para otros fines piadosos. Rinconete pregunta á un pillo á quien ve por vez primera:—«¿Es vuesa merced por ventura ladrón?» Y el interrogado responde:—«Sí, para servir á Dios y á la buena gente.» Las obras de Cervantes abundan en estos rasgos. Como la mayor parte de los autores de su tiempo, no tenia dificultad ninguna en mezclar los misterios y los dogmas de nuestra religion con farsas indecentes y chistes groseros y en valerse de ellos para fraguar esas farsas y esos chistes. En su comedia de *Pedro Urdemalas*, cuando éste se finge alma del Purgatorio para robar á una rica viuda, vieja y crédula, hay escenas que parecen expresamente inventadas por el mismo demonio para burlarse de las ánimas benditas. Allí se refieren una junta general y consejo que tienen en el purgatorio los

parientes difuntos de la viuda, las penas que padecen y la determinacion que toman de enviar á uno de ellos por diputado á la viuda para que los rescate, todo de una manera tan cómica y ridícula que no puede ser más. Cuando trataba Cervantes por lo sério las cosas divinas, no solia ser más decoroso. Lo inmoral ó sucio de los lan-ces y lo extravagante y absurdo de los milagros lucen no menos en *El rufian dichoso* que en el *San Francisco de Sena* de Moreto y en otras más desarregladas y monstruosas comedias de santos. Schack pretende que *El rufian dichoso* es una de las comedias más desatinadas que en este género se han escrito. El héroe es como el de casi todas: un desalmado, pendenciero y burlador de mujeres, que, despues de hacer cien mil insolencias y crímenes, se arrepiente y hace milagros, es santo y se va al cielo.

En el *Quijote*, por dicha, hay otro gusto más delicado, y junto á la más espontánea inspiracion está siempre el rectoj uicio que la templa y modera. No hay, pues, en el *Quijote* semejantes aberraciones; pero sí hay pasajes que, interpretados hoy, pueden dar lugar á sospechas de las ya mencionadas. Yo, con todo, los creo nacidos al volar de la pluma, sin la menor intencion de ofender. Si el autor pudiese contestar á nuestras preguntas, exento de todo temor al Santo Oficio, creo que no confesaria la intencion ofensiva, y aun quedaria absorto de que se la atribuyesen.

Bien persuadido estoy, pues no puede ser más claro, de que el capítulo LXIX de la segunda parte del *Quijote* contiene una parodia del modo de proceder de la Inquisicion y de los autos de fe. Pero ni Cervantes cayó en que aquello podia pasar por burla, ni la Inquisicion tampoco. Cervantes, si por burla la hubiera tenido, no se hubiera

atrevido á publicarla, y si la Inquisicion la hubiera tenido por burla, no la hubiera dejado pasar. En las pocas palabras que suprimió en la dicha segunda parte se ve el cuidado minucioso que ponía en expurgar los libros. Era tal el respeto y el miedo que entonces la Inquisicion infundía, que era imposible imaginar que la ponían en ridículo. La burla es sólo contra Sancho y D. Quijote, á quienes, para un asunto de tan poco momento y tan de farsa como la resurreccion de Altisidora, los rodean de un aparato imponente, propio de los asuntos más sublimes. La Inquisicion no podía darse por ofendida por esto, como el rey no se daba por ofendido de que hubiese reyes en parodia : el Rey que rabió, ó el Rey Perico.

Tal vez pensará alguien que el lado místico y ascético á que entonces propendía, singularmente en nuestra Península, el catolicismo, y que en las cosas de Gobierno y razon de Estado iba ya tomando grande inclinacion teocrática, repugnaba por instinto, y sin que se diese buena cuenta de ello, á una naturaleza tan sana y tan práctica como la de Cervantes. Pero el ideal de mundana perfeccion que sin duda estaba en su mente, y la conciencia del gran movimiento intelectual de Europa y del destino de esta privilegiada parte del globo de difundir la civilizacion entre todas las gentes, eran nociones y sentimientos que se avenían y aun se apoyaban en el catolicismo, entendido y sentido por alta manera, y haciéndole nervio, espíritu y origen de esa misma civilizacion. Así es que, léjos de pensar Cervantes, como el impío Machiavelli, que el cristianismo había enervado el mundo, y dándole como á saco á los tiranos protervos para que hiciesen de él á su talante, ponía en nuestra religion el manantial purísimo de la verdadera valentía, y dotaba al cielo de caba-

llos andantes, como se ve en el capítulo LVIII de la segunda parte del *Quijote*. Ni está dicho de burla, sino con profundo entusiasmo, al hablar de S. Jorje, que era *un caballero de los mejores andantes que tuvo la milicia divina*, y al hablar de Santiago, patron de España, á caballo, con la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, que *fué de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo*.

Ni siquiera puedo creer que la fantasía de D. Quijote de convertir á S. Pablo y á otros santos en caballeros andantes venga allí con propósito de ridiculizar los libros de caballerías á lo divino, como *El Caballero Assisio*, *El Caballero peregrino* y otros. Yo entiendo que este misticismo, mezclado á veces con el espíritu caballeresco mundano, y otras veces contrapuesto á ese espíritu, rebajándole y humillándole, estaba en el alma de nuestro gran poeta. La ambicion y el amor de gloria la conmovian hondamente. A menudo reniega Cervantes de su pobreza, y de quien la llamó *dádiva santa desagradecida*. Pero tambien habia en su corazon cierto menosprecio del mundo, y cierta ternura mística, fomentada por sus desengaños de las cosas de la tierra y por los desdenes de la fortuna.

En el capítulo VIII de la segunda parte del *Quijote* se descubre á las claras este combate interno de su corazon. El dualismo de su sér, las dos opuestas propensiones se manifiestan en un curioso diálogo entre D. Quijote y Sancho, y sin duda la propension mística queda triunfante. D. Quijote habla del deseo de gloria, de la ambicion, del amor de la patria, como móviles de las grandes acciones. Todas las hazañas, todas las atrevidas empresas dimanar de estos sentimientos que D. Quijote magnifica. Pero Sancho le interrumpe en medio de su peroracion, tratando

de probar que cualquiera fraile vale más que todos los héroes del mundo, los conquistadores y los andantes caballeros, ya que hay más frailes santos que héroes y príncipes, y vale más resucitar á un muerto, dar salud á un enfermo, ó hacer otro milagro, por pequeño que sea, que desbaratar ejércitos, fracasar armadas, aterrar vestiglos, descabezar gigantes, y avasallar y domeñar naciones enteras. Aquí tenemos á Cervantes humillando por medio de la religion la soberbia aristocrática de los grandes y poderosos.

Este pensamiento no era fugitivo en su alma sino permanente, y con frecuencia le repite. El Licenciado Vidriera hace tambien observar que de muchos santos «que habia canonizado la Iglesia, ninguno se llamaba el capitán D. Fulano, ni el secretario D. Tal de Tal, ni el conde, ni el marqués, ni el duque, sino Fr. Diego, Fr. Jacinto, etc., todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios».

Para humillar las vanidades mundanas, Cervantes se valia casi de las mismas razones que el gran Gregorio VII. «¿Qué príncipe ha hecho milagros? ¿Qué rey, qué emperador vale un S. Martin ó un S. Antonio?» Palabras dictadas por un espíritu nivelador, por un sentimiento católico profundamente democrático. Pero Cervantes amaba la gloria, la vida aventurera, las hazañas, estaba lleno de ardor guerrero, y, en lo que la patria y la religion se avenian y aun prescribian el vivir heróico, él le amaba. Entonces no era el místico desengañado; entonces era el elocuentísimo encomiador de las armas sobre las letras, el héroe de Argel, el caballero andante, el soldado valeroso, *el que más bien parece muerto en la batalla que libre*

en la fuga, el que prefiere su manquedad á no haberse hallado en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.

Por cualquiera faz que se examine el carácter de Cervantes se ve que dista infinito de rebajar el espíritu caballeresco y la verdadera gloria militar, á no ser en nombre de una más alta y más pura gloria. No es el *Quijote*, como pretende Montesquieu, el único libro bueno español que se burla de los otros; la reaccion y la mofa contra nuestro espíritu nacional: antes es la síntesis de este espíritu, guerrero y religioso, lleno de un realismo sano, y no por eso menos entusiasta de todo lo bello y grande.

El *Quijote* se burla de los libros de caballerías, porque Cervantes los halla indignos del espíritu que los dictó. Hablando nuestro autor por boca del canónigo, deja ver su idea y nos da en cifra los preceptos del verdadero y excelente libro de caballerías que él soñaba, esto es, de la epopeya en prosa, ó dígase de la novela heroica, donde se han de presentar como en dechado todas las virtudes del caballero perfecto, *cristiano, valiente y comedido*. Este ideal resplandece en la obra inmortal de Cervantes, llenándola, perfumándola é iluminándola toda.

He tratado hasta aquí de varias especies de comentarios que se han hecho ó pueden hacerse del *Quijote*. El asunto es tan extenso que merece un libro. Temo haber callado muchísimo importante, y haber además fatigado á mis oyentes. Mas á pesar de este último temor, diré aún, en brevísimas palabras, algo de otros comentarios que hay, y que llamaré filológicos y filosóficos. Los filológicos me parecen inútiles, si tratan de explicar giros y vocablos, oscuros por anticuados. El *Quijote* no está escrito en una lengua muerta. Con corto y poco sustancial

desvio, la lengua de Cervantes es la que hoy se habla. Los grandes autores clásicos fijan la lengua en que escriben.

El comentario filológico puede ser, sin embargo, útil si se reduce á enmiendas y correcciones, por el orden de las que en los clásicos griegos y latinos pusieron los eruditos del renacimiento; si bien conviene tener mucho pulso y prudencia en este negocio para no incurrir en los desmanes que tan graciosamente zahiere Saavedra Fajardo. Hablando de los críticos que corrigen ó enmiendan, los compara á cirujanos ó barberos «que hacen profesion de perfeccionar ó remendar los cuerpos de los autores. A unos pegan narices; á otros ponen cabelleras; á otros dientes, ojos, brazos y piernas postizas; y lo peor es que á muchos les cortan los dedos ó las manos, diciendo que no son aquellas naturales, y les ponen otras con que todos salen desfigurados de las suyas. Este atrevimiento es tal que aún se adelantan á adivinar conceptos no imaginados, y, mudando las palabras, mudan los sentidos y taracean los libros». Yo me inclino, en general, al dictámen de Saavedra Fajardo, si bien no menosprecio á estos críticos correctores, cuando hasta el mismo Aristóteles lo fué de Homero, haciendo aquella edicion que Alejandro guardaba en la cajita de Darío. El *Quijote*, además, así por descuido de Cervantes como por torpeza de los impresores, estaba plagado de erratas; por lo cual aplaudo sinceramente la edicion corregida que con gran tino ha hecho un docto y entendido compañero nuestro. Las más de sus enmiendas me parecen acertadas, aunque no pocas son bastante atrevidas.

El otro género de comentario, el filosófico, es el que resueltamente no puedo aprobar, si por él se trata de per-

suadernos de que un libro tan claro, en el que nada hay que dificultar y que hasta los niños entienden, encierra una doctrina *esotérica*, un logogrifo preñado de sabiduría. Verdad que Homero ha tenido mil comentadores de esta clase, desde Heráclides Póntico y Demócrito Abderita hasta hoy, y Dante cátedras, donde su ciencia se ha leído, y desentrañadores de ella, como Ozanan y el rey Juan de Sajonia; pero, según dice un prologuista de *La Divina Comedia*, — «la Minerva griega salió grande y armada del cerebro de Homero, y la Minerva italiana del de Dante,» mientras que la Minerva española estaba ya nacida, crecida y muy granada, cuando el *Quijote* apareció. ¿Qué idea, por otra parte, se formaría de esta Minerva quien no la conociese, y llegase á entender que era su cuna una sátira alegre, una obra festiva, un libro de entretenimiento, una novela, en fin? Una novela, y no más, es el *Quijote*, aunque sea la mejor de las novelas. Y los que en otro predicamento la ponen, no logran realzar el mérito del autor, y rebajan el de la civilización española. Antes de Cervantes, y después de Cervantes, hemos tenido filósofos, jurisconsultos, teólogos, naturalistas y sábios en otras muchas ciencias y disciplinas, que han concurrido al progreso científico, al desenvolvimiento de la inteligencia humana.

Cervantes no ha concurrido; no ha descubierto ninguna verdad. Cervantes era poeta, y ha creado la hermosura, que siempre, no menos que la verdad, levanta el espíritu humano, y ejerce un influjo benéfico en la vida de los pueblos y en los adelantos morales.

No hay que hacer un análisis detenido del *Quijote* para probar que carece de profundidades ocultas. Hay mil razones fundamentales que lo demuestran.

Es la primera que ningun crítico español ni extranjero, entre los cuales pongo á Gioberti, á Hegel y á Federico Schlegel, admiradores entusiastas del *Quijote*, ha descubierto ni rastro de esa doctrina *esotérica*; y seria de maravillar y caso único en los anales de la inteligencia humana, que durante más de dos siglos y medio hubiesen estado escondidos en un libro tesoros de sabiduría sin que nadie de ello se percatase.

La segunda razon es que, dada esa sabiduría, el disimulo de Cervantes no tiene explicacion, á no suponer que su espíritu era contrario á la moral, ó á la fe, ó á la política de España en su tiempo, y creo haber probado que no lo era.

Los antecedentes de Cervantes confirman más aún que no hay tales filosofías y sabidurías en el *Quijote*. Tirso, Lope, Calderon y otros muchos poetas de España, habian estudiado más, sabian más y eran más eruditos que Cervantes. Cervantes era (¿y por qué no decirlo?) un *ingenio* casi *lego*. La edad de la intuicion súbita habia ya pasado. Y en el período reflexivo de la vida de la humanidad, aunque pueden escribirse poemas que presuman de contener en cifra una teoría completa de las cosas divinas y humanas, estos poemas no suelen estar escritos sino por autores de mal gusto, vanidosos é ignorantes, que no saben lo que es la ciencia y quieren abarcarla, ó bien por autores que á más de poetas son filósofos, como Goethe, y muy versados en todo género de estudios. Cervantes no era ni lo uno ni lo otro; luego por este lado tampoco se concibe cómo pudo poner en el *Quijote* esa sabiduría.

Las advertencias que hace el ingenioso hidalgo á Sancho, cuando este va á gobernar la ínsula, las doctrinas literarias del canónigo, y otras máximas sobre política, moral y

poesía, á no ser por la elegancia, por el chiste ó por la nobleza de los afectos con que se expresan, nunca traspasan los límites del vulgar, aunque recto juicio. El discurso sobre la edad de oro no es más que una declamacion brillante y graciosa.

Nada más propio de la epopeya que encerrar dentro de su unidad la idea completa del universo-mundo, y de sus causas y leyes; pero esto es dable cuando la idea es sólo poética, y aún no está limitada y contradicha por la sabiduría prosáica y metódica, y cuando la metafísica, la moral, la religion y las ciencias naturales se escriben en breves sentencias.

Las atribuidas á Pitágoras en los *versos de oro*, las de los siete sábios, las de otros poetas *gnómicos* y las de *Los trabajos y los dias* de Hesiodo, si bien no enlazadas á una accion heroica ni reducidas á unidad, son, como las máximas de Valmiki, de Viasa y de Homero, la legítima sabiduría épica. Pero estas sentencias, aunque se ponen en boca de los antiguos sábios, tienen un carácter eminentemente impersonal; son como la voz de todo un pueblo, y, cuando viene la reflexion y nace el saber prosáico, pierden su condicion ilustre y grave, se hacen plebeyas, toman un aspecto algo jocoso, y se convierten en *refranes*. Cervantes, comprendiendo intuitivamente esta verdad, que hoy aclara la crítica, hizo de la antigua sabiduría épica, ya emplebeyecida y degradada, uno de los elementos más cómicos y risibles de su profunda parodia, que no lo es sólo de los libros de caballerías, sino de toda epopeya heroica. Epicas son tambien, como las referidas sentencias, la importancia que se daba y la circunstanciada descripcion que se hacia de todo aquello que sirve á los héroes para adorno ó defensa de la persona: un ce-

tro , un baston , una espada ó un yelmo. Los mismos dioses en las epopeyas antiguas , y en las modernas los magos ó las hadas fabrican estas armas , alhajas ó muebles , dotándolos de mil virtudes y excelencias. Cervantes se burla de esto , transformando en yelmo de Mambrino una bacía de barbero. Así como los héroes de los antiguos poemas se revisten de armas divinas cuando acometen la más peligrosa y sería aventura , y los dioses ponen en ellos algo de extraordinario , por ejemplo , una horrenda llama que les arde en las sienes , así D. Quijote , al acometer tambien su aventura más sería y peligrosa , se pone el casco lleno de requesones y se da á entender que se le ablandan y derriten los sesos.

Y sin embargo , á pesar de esta burla de lo épico , Cervantes se muestra siempre enamorado de lo novelesco y lo trágico. Sin hablar del *Persiles* , en el mismo *Quijote* hay caractéres y casos que no vendrian mal en un libro de caballerías. A las mujeres , más que á los hombres , las poetiza á veces Cervantes del mismo modo exagerado y andantesco de que tanto se burla. Dorotea , Ana Félix y Claudia Gerónima son mujeres andantes , y la última de las de rompe y rasga. Las dos doncellas , en la novela de este título , no se limitan á andar de zeca en meca , vestidas de hombre , sino que pelean y dan de cuchilladas como Pentesilea , Bradamante y Clorinda. Cervantes amaba la *romanzeria* , y la epopeya heróica y los libros de caballerías , aunque tuviese , por instinto , el sentimiento de que eran anacrónicos.

No era , ni podia ser Europa como varias naciones del Asia , donde se prolongó por muchos siglos la edad de la epopeya , la edad divina. Durante este largo período , los dioses se humanaban , y compartian las penas , las pasio-

nes y los cuidados de los hombres; la religion y la historia, las creencias y la filosofía, los acontecimientos reales y los sueños, todo estaba mezclado y confundido. Así se explica que un poema fuese el *libro* por excelencia de toda una nacion, en el cual iban escribiendo sus ideas las sucesivas generaciones. Así el *Mahabharata*, que tenia en un principio 2.400 *slokas* ó dísticos, llega á contener al cabo sobre 100.000. En él aparece, desde la luz incierta y vaga que esparce la aurora de la civilizacion indiana, hasta la metafísica sutil del *Bhagavad-Gita*.

En la Europa pagana sucedió lo contrario. Los dioses, como séres efectivos, desaparecieron pronto, quedando como ideas inmortales: pero dieron lugar á Homero para escribir, con un arte que los asiáticos desconocian, la epopeya perfecta y una.

En la Europa cristiana, la fijeza de los dogmas y la gran filosofía de los primeros cinco siglos infundieron una nocion más sublime y científica de la divinidad y no consintieron que esta pudiese decorosamente servir de máquina para los poemas. Á pesar del arte y de la ciencia de Milton y de Klopstock, hay en sus obras mil pasajes que no se pueden sufrir. Cuando con más fe y menos ciencia, se ha hecho intervenir á la divinidad en nuestras epopeyas, dramas ó novelas, se ha caido en lo indecoroso. Muchos gentiles pensaban así de sus poetas épicos y del empleo que en las fábulas daban á sus dioses. ¿Cuánto más debemos pensar esto los cristianos? La idea de Chateaubriand de que nuestra religion vale más que la mitología para máquina de un poema, ofende á nuestra religion, léjos de ensalzarla.

Pero dígase lo que se diga de la idea de Chateaubriand, es lo cierto que, aparte *La Divina Comedia*, obra

de un género enteramente diverso, no hubo epopeya perfecta en la edad media. Desde el renacimiento hasta hoy, y aún en lo porvenir, creo con Ariosto que *più vero epico esser non si possa*. Tasso, á fuerza de elegancia, de ternura y de religiosidad, nos ofusca, y casi contradice el fallo. Camoens, por ser hijo de una nacion épica en grado elevadísimo, por cantar una empresa nacional y al mismo tiempo de interés comun al género humano, pues que abre verdaderamente la historia moderna, y por un sin número de otras circunstancias dichas, á más de su ardiente inspiracion y patriotismo, contradice tambien en apariencia el fallo que se ha dado. En realidad y en el fondo, ni Tasso, ni Camoens le contradicen. *La Jerusalem* y *Los Lusíadas*, aunque bellísimos, son igualmente dos poemas artificiales.

Todo esto, repito, que lo sentia Cervantes, aunque no se lo explicaba. Si alguna oculta sabiduría hay en su libro, me parece que es esta sola. Mas, como burlándose de la caballería es él un perfecto caballero, así burlándose de la epopeya, escribe en prosa el libro más épico que en la edad moderna se ha escrito, salvo los romances del Cid; *aquel collar de perlas, aquella graciosa corona*, como los llama Hegel, que nos atrevemos á poner al lado de cuanto la antigüedad clásica creó de más hermoso.

Tal es, señores académicos, mi pobre opinion sobre el *Quijote*, y sobre los comentarios y críticas que de él se han escrito.
